

recho, sino por un lado dellos, y cuando parecian delante del gran Montezuma, los ojos bajos en tierra; y antes que á él llegasen le hacian tres reverencias y le decian: «Señor, mi señor, gran señor;» y entonces le traian pintado é dibujado el pleito ó negocio sobre que venian, en unos paños ó mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas le señalaban la causa del pleito; y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos, grandes caciques, y cuando bien habian entendido el pleito aquellos jueces, le decian al Montezuma la justicia que tenian, y con pocas palabras los despachaba y mandaba quien habia de llevar las tierras ó pueblos; y sin mas replicar en ello, se salian los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salian hasta la sala, y cuando se veian fuera de su presencia del Montezuma se ponian otras mantas ricas y se paseaban por Méjico. Y dejaré de decir al presente desta prision, y digamos cómo los mensajeros que envió el Montezuma con su señal y sello á llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, los trujeron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé; mas que se los envió á Cortés para que hiciese justicia dellos; y tomada su confesion sin estar el Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, é que su señor se lo habia mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y si algunos teules fuesen en su defensa, que tambien les diesen guerra ó matasen. E vista esta confesion por Cortés, enviélo á decir al Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro capitan lo envió á decir que él así lo creia; que puesto que merecia castigo, conforme á lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar á otros sin culpa ó con culpa que muera por ello; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaria el Cortés por su persona que vérsela pasar al Montezuma; y con todo esto que le envió á decir estaba temeroso; y sin mas gastar razones, Cortés sentenció á aquellos capitanes á muerte é que fuesen quemados delante de los palacios del Montezuma, é así se ejecutó luego la sentencia; y porque no hubiese algun impedimento, entre tanto que se quemaban mandó echar unos grillos al mismo Montezuma; y cuando se los echaron él hacia bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho mas; y después de quemados, fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenia por hermano, sino en mucho mas, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando le haria que fuese señor de mas tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedecian; y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello; y decíasele Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecia se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenia en merced, porque bien entendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que ahora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes le vienen cada día á decir que

será bien darnos guerra y sacallo de prision, que cuando lo vean fuera que le atraerán á ello, é que no queria ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar á otro señor; y que él les quitaba de aquellos pensamientos con decilles que su dios Huichilóbos se lo ha enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo mas cierto, Cortés habia dicho á Aguilar, la lengua, que le dijese de secreto que aunque Malinche le manda salir de la prision, que los capitanes nuestros é soldados no querramos. Y como aquello le oyó, el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: «No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo;» y luego el Montezuma demandó á Cortés un paje español que le servia, que sabia ya la lengua, que se decia Ortegulla, y fué harto provechoso así para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje inquiria y sabia muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y nosotros de lo que decian sus capitanes; y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo quería mucho el Montezuma. Dejemos de hablar cómo ya estaba el Montezuma contento con los grandes halagos y servicios y conversaciones que con todos nosotros tenia, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó castos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos; y digamos los nombres de aquellos capitanes de Montezuma que se quemaron por justicia, que se decia el principal Quetzalpopoca, y los otros se decian el uno Coatli y el otro Quiabuilté y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva-España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villa-Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren tan grandes hechos: que entonces hicimos dar con los navíos al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen; lo otro tener tanta osadía de osar prender al gran Montezuma, que era rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces, ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos que no los hacemos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegáramos á ellos, en una tan fuerte ciudad como Méjico, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre mas de mil y quinientas leguas, y prender á un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante dél? Porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré cómo Cortés despachó luego otro capitan que estuviese en la Villa-Rica como estaba el Juan Escalante que mataron.

## CAPITULO XCVI.

Cómo nuestro Cortés envió á la Villa-Rica por teniente y capitan á un hidalgo que se decia Alonso de Grado, en lugar del alguacil mayor Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se le dió á Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fué alguacil mayor; y lo que después pasó diré adelante.

Después de hecha justicia de Quetzalpopoca y sus capitanes, é sosegado el gran Montezuma, acordó de enviar nuestro capitan á la Villa-Rica por teniente della á un soldado que se decia Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico é gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitan Cortés porque no fuésemos á Méjico y nos volviésemos á la Villa-Rica, cuando hubo en lo de Tlascalca ciertos corrillos, ya por mí dichos en el capítulo que dello habla; y el Alonso de Grado era el que lo mullia y hablaba; y si como era hombre de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto; esto digo porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conocia su condicion, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decia, le dijo: «Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que iréis ahora á la Villa-Rica, como lo deseábadis, y entenderéis en la fortaleza; y mirad no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten;» y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos halláramos y sintiésemos á qué fin lo decia; porque sabia dél que aunque se lo mandara con pena no fuera. Pues dadas las provisiones é instrucciones de lo que habia de hacer, el Alonso de Grado le suplicó á Cortés que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor, como la tenia el Juan de Escalante que mataron los indios, y le dijo que ya la habia dado á Gonzalo de Sandoval, y que para él no le faltaria, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, y que se fuese con Dios; y le encargó que mirase por los vecinos é los honrase, y á los indios amigos no se les hiciese ningun agravio ni se les tomase cosa por fuerza, y que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les habia enviado á decir y mandar que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro y anclas que sacaron de los navios que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese priesa á la fortaleza que se acabase de enmaderar y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó á la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y quería hacer servir dellos como gran señor, é á los pueblos que estaban de paz, que fueron mas de treinta, los enviaba á demandar joyas de oro é indias hermosas; y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar; y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocabá á sus amigos é á los que no lo eran para que si viniese á aquella tierra Diego Velazquez de Cuba ó cualquier su capitan, de dalle la tierra é hacerse con él; todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas á Cortés á Méjico; y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado á Alonso de Grado conociéndole sus malas entrañas é condicion dañada; y como Cortés tenia siempre en el pensamiento que Diego Ve-

lazquez, gobernador de Cuba, por una parte ó por otra habia de alcanzar á saber cómo habiamos enviado á nuestros procuradores á su majestad, é que no le acudiríamos á cosa ninguna, é que por ventura enviaria armada y capitanes contra nosotros, parecióle que seria bien poner hombre de quien fiar el puerto é la villa, y envió á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía á Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el coronista Gómora que iba á poblar á Pánuco; y entonces el Pedro de Ircio fué á la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como habia sido mozo de espuelas en la casa del conde de Ureña y de don Pedro Giron, siempre contaba lo que les habia acontecido; y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitan; y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir decia el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprendia harto Gonzalo de Sandoval, que le castigaran por ellas en muchos tribunales. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos á Gonzalo de Sandoval, que llegó á la Villa-Rica, y luego envió preso á Méjico con indios que lo guardasen á Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés; y todos los vecinos querian mucho á Gonzalo de Sandoval, porque á los que halló que estaban enfermos los provió de comida lo mejor que podia y les mostró mucho amor, y á los pueblos de paz tenia en mucha justicia y los favorecia en todo lo que se les ofrecia, y en la fortaleza comenzó á enmaderar y tejar, y hacia todas las cosas como conviene hacer todo lo que los buenos capitanes son obligados; y fué harto provechoso á Cortés y á todos nosotros, como adelante verán en su tiempo é sazón. Dejemos á Sandoval en la Villa-Rica, y volvamos á Alonso de Grado, que llegó preso á Méjico, y queria ir á hablar á Cortés, y no le consintió que pareciese delante dél, antes le mandó echar preso en un cepo de madera que entonces hicieron nuevamente. Acuérdomé que oia la madera de aquel cepo como á sabor de ajos y cebollas, y estuvo preso dos dias. Y como el Alonso de Grado era muy plático y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos á Cortés que le seria muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante vi que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme á su condicion; y aun el tiempo andando le dió la contaduría que solia tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila á la isla de Santo Domingo por procurador, segun adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí á la memoria cómo cuando Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa-Rica por teniente y capitan y alguacil mayor, le mandó que así como llegase le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles y herramientas, y mucho hierro de lo de los navios que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro, que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias y pez y estopa y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en

la laguna de Méjico; lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, según y de la manera que lo mandó.

## CAPITULO XCVII.

Cómo estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejábamos y regocijábamos, y aun se le dió licencia para ir á sus cues.

Como nuestro capitán en todo era muy diligente, y vió que el Montezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada día, después de haber rezado, que entonces no teníamos vino para decir misa, de irle á tener palacio, é iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, y preguntaban al Montezuma con mucha cortesía, y que mirase lo que mandaba, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prisión; y le respondía que antes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, ó su Huichilóbos lo permitía; y de plática en plática le dieron á entender por medio del fraile mas por extenso las cosas de nuestra santa fe y el gran poder del Emperador nuestro señor; y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al toloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo lejos á unos tejuelos que también eran de oro, é á cinco rayas ganaban ó perdían ciertas piezas é joyas ricas que ponían. Acuérdomé que tanteaba á Cortés Pedro de Albarado, é al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Albarado siempre tanteaba una raya de mas de las que había Cortés, y el Montezuma, como lo vió, decía con gracia y risa que no quería que le tantease á Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Albarado; porque hacía mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de mas; y Cortés y todos nosotros los soldados que aquella sazón hacíamos guarda no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Montezuma. Dirán agora que por qué nos reímos de aquella palabra. E porque el Pedro de Albarado, puesto que era de gentil cuerpo y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición, por esto nos reímos tanto. E volvamos al juego: y si ganaba Cortés, daba las joyas á aquellos sus sobrinos y privados del Montezuma que le servían; y si ganaba Montezuma, nos lo repartía á los soldados que le hacíamos guarda; y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada día de darnos presentes de oro y ropa, así á nosotros como al capitán de la guarda, que entonces era Juan Velazquez de Leon, y en todo se mostraba Juan Velazquez grande amigo é servidor de Montezuma. También me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía Fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacía cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma; é como

era un rey destas tierras y tan valeroso, túvolo á mala crianza y desacato, que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona; y preguntó á su paje Orteguilla que quién era aquel mal criado é sucio, é dijo que era hombre que solía andar en la mar é que no sabe de policía é buena crianza, y también le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no, y le decía á la continua muchas cosas que el Montezuma deseaba saber. Y volvamos á nuestro soldado Trujillo, que desde que fué de día Montezuma lo mandó llamar, y le dijo que por qué era de aquella condición, que sin tener miramiento á su persona, no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese; y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos; y al Trujillo no se le dió nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daría otra cosa; y el Montezuma lo hizo saber á Juan Velazquez, capitán de la guarda, y mandó luego el capitán quitar á Trujillo que no velase mas, y con palabras ásperas le respondieron. También acaeció que otro soldado que se decía Pedro Lopez, gran ballestero, y era hombre que no se le entendía mucho, y era bien dispuesto y velaba al Montezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto uno tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: «Oh pesía tal con este perro, que por velalle á la continua estoy muy malo del estómago, para me morir;» y el Montezuma oyó aquella palabra y pesóle en el alma, y cuando vino Cortés á tenelle palacio lo alcanzó á saber, y tomó tanto enojo de ello, que al Pedro Lopez, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados á quien cabía la vela, con mucho silencio y crianza estaban velando, puesto que no había menester mandarlo á mí ni á otros soldados de nosotros que le velábamos, sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habíamos de tener; y él bien conocía á todos, y sabía nuestros nombres y aun calidades; y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó pasaba delante del con muy grande acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Orteguilla que le quería demandar á Montezuma que me hiciese merced de una india hermosa; y como lo supo el Montezuma, me mandó llamar y me dijo: «Bernal Díez del Castillo, hanme dicho que teneis motolinea de oro y ropa; yo os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas.» Yo le respondí con mucho acato que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios nuestro Señor le prosperase; y parece ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y díjole el Montezuma: «De noble condición me parece Bernal Díez;» porque á todos nos sabía los nombres, como tengo dicho; é me mandó dar tres tejuelos de oro é dos cargas de mantas. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo por la mañana, cuando hacía

sus oraciones y sacrificios á los ídolos, almorzaba poca cosa, é no era carne, sino ají, y estaba ocupado una hora en oír pleitos de muchas partes, de caciques que á él venían de léjas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, de la manera que entraban á negociar y el acato que le tenían, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces; y porque está ya referido, no lo tornó á referir; y entonces alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenía por amigas, casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y aun dellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora dellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca; y así se pasaba la vida, unas veces riendo y otras veces pensando en su prisión. Quiero aquí decir, puesto que no vaya á propósito de nuestra relación, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que cómo, porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Montezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos, y que los indios tuviesen noticia dello. A esto digo que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma le hacíamos reverencia con los honetes de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, que á todos nos hacía mucha honra; que, demás de ser rey desta Nueva-España, su persona y condición lo merecía. Y demás de todo esto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prisión y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franqueza lo hicieran. Y como viamos que tenía á la continua consigo muchos señores que le acompañaban, y venían de léjas tierras otros muchos mas señores, y el gran palacio que le hacían y el gran número de gente que á la continua daba de comer y beber, ni mas ni menos que cuando estaba sin prisión; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo de cuando lo supo que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo; y fué bien empleado en él. Pasemos adelante y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa-Rica indios cargados con las cadenas de hierro gruesas que Cortés había mandado hacer á los herreros. También trujeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo; y así como fué traído se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dejallo hé aquí, y diré lo que sobre ello pasó.

## CAPITULO XCVIII.

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sosten é veleros para andar en la laguna, y cómo el gran Montezuma dió á Cortés que le diese licencia para ir á hacer oración á sus templos, y lo que Cortés le dijo, y cómo le dió licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fué á decir y á hacer saber al Montezuma, que quería hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna; que mandase á sus carpinteros que fuesen á cortar la madera, y que irían con ellos nuestros maestros de hacer

navíos, que se decían Martín Lopez y un Alonso Nuñez; y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, de presto fué traída y dado el galivo della; y como había muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafeteados y breados, y puestas sus jarcias y velas á su tamaño y medida, y una tolda á cada uno; y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los galivos, porque el Martín Lopez era muy extremado maestro, y este fué el que hizo los trece bergantines para ayudar á ganar á Méjico, como adelante diré, é fué un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, é diré cómo el Montezuma dió á Cortés que quería salir é ir á sus templos á hacer sacrificios é cumplir sus devociones, así para lo que á sus dioses era obligado como para que lo conozcan sus capitanes é principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada día le vienen á decir le quieren soltar y darnos guerra, y que él les da por respuesta que él se huelga de estar con nosotros; porque crean que es como se lo han dicho, porque así se lo mandó su dios Huichilóbos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto á la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si había algun descomedimiento, ó mandaba á sus capitanes ó papas que le soltasen ó nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes é soldados para que luego le matasen á estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, y que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares é la imagen de nuestra Señora, ante quien podría hacer oración sin ir á su templo. Y el Montezuma dijo que no sacrificaría ánima ninguna, é fué en sus muyricas andas acompañado de grandes caciques con gran pompa, como solía, y llevaba delante sus insignias, que era como vara ó bastón, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen á los visoreyes desta Nueva-España; é con él iban para guardalle cuatro de nuestros capitanes, que se decían Juan Velazquez de Leon y Pedro de Albarado é Alonso de Avila y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados, é también iban con nosotros el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, para le retraer el sacrificio si le hiciese de hombres; é yendo como íbamos al cu de Huichilóbos, ya que llegábamos cerca del maldito templo mandó que le sacasen de las andas, é fué arrimado á hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona todos los principales habían de llevar los ojos puestos en el suelo y no le miraban á la cara; y llegado á las gradas del adoratorio, estaban muchos papas aguardando para le ayudar á subir de los brazos, é ya le tenían sacrificados desde la noche anterior cuatro indios; y por mas que nuestro capitán le decía, y se lo retraía el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que había de matar hombres y muchachos para sacrificar; y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él porque estaba muy revuelto Méjico y otras grandes ciudades con los

sobrinos de Montezuma, como adelante diré; y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos; y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que mas pasó.

## CAPITULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Montezuma dijo que quería ir á caza, y fué en los bergantines hasta un peñol donde había muchos venados y caza; que no entraba en el alcázar persona ninguna, con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales é imperiales, y apercebidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo á Cortés que quería ir á caza en la laguna á un peñol que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montar por muy principales que fuesen, so pena de muerte; y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean; y el Montezuma se holgó de ir en el bergantin mas velero, y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantin fué lleno de caciques y un hijo de Montezuma, y apercebió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de Leon, que era capitán de la guarda, y á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli fuesen con él, y Alonso de Avila con ducientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Montezuma; y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había, con nuestros artilleros, que se decían Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus principales; y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma y decía que eran gran maestría la de las velas y remos todo junto; y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de Méjico mandó Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que, como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condicion que él tenía de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España y de otras provincias le hacían, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, aunque fuese volando, que luego no le era traído;

y esto dígo porque un día estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilan en unas salas como corredores por una codorniz; que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos; y como el gavilan se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decía Francisco de Acevedo el Pulido, que fué maestra de la almirante de Castilla: «¡Oh qué lindo gavilan, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene!» Y respondimos los demás soldados que era muy bueno, y que había en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería; y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablabamos, y preguntó á su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió que decíamos aquellos capitanes que el gavilan que entro á cazar era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel que le mostrarian á venir á la mano, y que en el campo le echarian á cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataria. Entonces dijo el Montezuma: «Pues yo mandaré agora que tomen aquel mismo gavilan, y verémos si le amansan y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced; y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trujesen el mismo gavilan; y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave-María vienen con el mismo gavilan, y le dieron á Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo; y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba mas que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y helo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el aire hacia tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenía convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos caciques y á toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de Méjico; lo cual diré adelante.

## CAPITULO C.

Cómo los sobrinos del grande Montezuma andaban convocando á trayendo á sí las voluntades de otros señores para venir á Méjico y sacar de la prision al gran Montezuma y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcucó, que después de Méjico era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que había muchos días que estaba preso su tío Montezuma, é que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna dello; é antes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los señores de Tezcucó, sus vasallos, é al señor de Cuyoacan, que era su primo, y sobrino del Montezuma, é al señor de Tacuba é al señor de Iztapalapa, é á otro ca-

cique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decían que le venia de derecho el reino y señorío de Méjico, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios; pues andando concertando con ellos y con otros señores mejicanos que para tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban á él el señorío de Méjico, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de Méjico, ó no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió que á él le venia el cacicazgo y él había de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no quería venir, que sin él ni su gente haría la guerra. Por manera que ya tenía el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenía concertado que para tal día viniesen sobre Méjico, é con los señores que dentro estaban de su parte les darian lugar á la entrada; é andando en estos tratos, lo supo muy bien Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin quería; y para mejor lo saber envió Montezuma á llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba convocando á todos con palabras é dádivas para que le ayudasen á darnos guerra y soltar al tío. Y como Montezuma era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo á Cortés segun y de la manera que pasaba, el cual alboroto sabia muy bien nuestro capitán y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mejicana é iríamos sobre Tezcucó, y que le prenderíamos ó destruiríamos aquella ciudad é sus comarcas. E al Montezuma no le cuadró este consejo; por manera que Cortés le envió á decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer que le acudirían en la guerra, envió á decir á Cortés que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería mas oír, sino cuando le viese venir, que entonces le hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir que mirase que no liciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona y le quitaría la vida por ello; y respondió que ni conocía á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tío. Como envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcucó tenía grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en Méjico con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposicion, que estaba huido del propio hermano porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcucó; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcucó que prendiesen al Caca-

matzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viniese, que le echase mano y le tuviesen en su poder hasta que estuviese mas sosegado; y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad é reino. Y el Montezuma dijo que le enviaria luego á llamar; mas que sentía dél que no querria venir, y que si no viniese, que se ternia concierto con sus capitanes y parientes que le prendan; y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: «Señor Montezuma, bien podeis creer que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está; que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuéades con toda vuestra caballería á vuestros palacios; y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes que os fueron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque vuestra majestad dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad é quitaros el mando;» y el Montezuma dijo que se lo tenía en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüenas de Cortés é via que lo decía, no por soltalle, sino probar su voluntad; y tambien Orteguilla, su paje, se lo había dicho á Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiese, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria. Dijo el Montezuma á Cortés que muy bien estaba preso hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego quería enviar mensajeros á Cacamatzin rogándole que viniese ante él, que le quería hablar en amistades entre él y nosotros; y le envió á decir que de su prision que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya á sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto; y que esto que lo sabe muchos días há de los papas que están en servicio de los ídolos; y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los capitanes de Tezcucó, cómo enviaba á llamar á su sobrino para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin; y sus principales entraron en consejo sobre lo que harían, y el Cacamatzin comenzó á bravar y que nos había de matar dentro de cuatro días, é que al tío, que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacelle algun bien, y que cuanto oro le han traído de sus tributos nos daba; y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teníamos preso, é que ya le andábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huichilólos, é que queria-